

la Rochela, que llegó á ser luego el centro de los hugonotes, que tomando de nuevo las armas, reprodujeron sus sangrientas escenas. Briquemont llevaba un collar hecho con las orejas que habia cortado á los frailes: en sus diatribas no disimulaban su proyecto de matar á la reina y á los señores; pero los Católicos no obraban mejor; Pio V, llevado de un celo inmoderado, se separó de lo convenido, y queria que los enemigos de Dios fuesen exterminados sin reparar en el medio (1). Dióse una nueva batalla y el príncipe de Condé fué muerto en Jarnac á la edad de treinta y nueve años: era hombre de extraordinario valor, de incansable actividad, elocuente y liberal.

1569.

Entonces Juana III de Albret, reina de Navarra, reunió el ejército, llevando consigo á su hijo, que luego se llamó Enrique IV, y al joven príncipe de Condé, dispuesta á dividir con las tropas sus afanes y su fortuna: fué acogida con grandes aplausos y el Bearnese (así se llamaba Enrique), exclamó: « Juro defender la religion y perseverar en la causa comun hasta la muerte » ó hasta la consecucion de las ansiadas libertades. » Coligny los condujo de victoria en victoria; los Alemanes á quienes habia llamado asolaban la Francia; evitaba los sitios, « cementerios de los ejércitos, » y reparó por medio de la prudencia y de la perseverancia las derrotas que habia sufrido, hasta que Catalina accedió á la paz de San German en Laya, para adormecer á los calvinistas y oprimir en la calma á los que no habia podido hacerlo en la guerra. También hizo un tratado de amistad con Isabel de Inglaterra, segun el cual Coligny debia ir á los Países Bajos á combatir á Felipe II, como toda la Francia deseaba. Celebróse, pues, la union entre los partidarios de ambas religiones, con matrimonios, entre los cuales se halla el de Margarita, hermana del rey, con el Bearnese, que entonces fué rey de Navarra.

1570.
8 de agosto.1572.
Junio.

22 de agosto.

En medio de aquel concurso de señores hugonotes, en medio de las confianzas, honores y danzas que no dejaban ver las señales del antiguo rencor, se habia comprado un asesino para que matase al almirante Coligny. Este solo quedó herido del golpe, pero los protestantes se irritaron contra aquella traicion, pidiendo venganza y prometiendo que se la tomarian por sí mismos. Temiendo Catalina verse descubierta, revela sus proyectos á su hijo, manifestándole que no habia medio entre sostener una guerra civil ó destruir á los protestantes, porque los Católicos se habian coligado para elegir otro jefe: Guisa, autor de la primer maldad y órgano de las pasiones populares por ambicion, se unió á aquella para causar miedo al rey, que llevado del terror, consintió en que se degollase á todos

(1) *Nullo modo, nullisque de causis, hostibus Dei parcendum est.* Carta á Carlos IX; y á Catalina en 29 de enero de 1570 decía: « *Comperit nobis esse nullam esse Satanæ cum filiis lucis communionem: ita inter Catholicos quidem et hæreticos nullam compositionem nisi fletum, fálaciisque plenissimam fieri posse pro certo habemus.* » Ap. CAPEFIGUE t. II.

los hugonotes. Fué resuelta aquella matanza por una mujer astuta, un rey de veintidos años que temblaba de miedo, y por el duque de Anjou, su hermano menor. Principió la carnicería en la noche de San Bartolomé al toque de una campana, siendo el jefe principal el duque de Guisa; Coligny fué degollado y su cabeza embalsamada fué remitida á Roma; por todas partes reinaba la matanza, hasta en el palacio real y en las cámaras de Margarita; murieron en ella también muchos Católicos, víctimas de venganzas particulares, entre ellos el ilustre Pedro Ramus, que fué asesinado por orden de un profesor de su colegio; y hubo quien se jactaba de haber salvado á treinta Hugonotes para torturarlos á su gusto. Carlos IX, que era taciturno por educacion, y cruel por su pusilaminidad, estaba mirando aquellos horrores; trató de salvar al almirante; pero era tarde, y solo consiguió librar á su médico Ambrosio Paré; llamó á su lado al rey de Navarra y al príncipe de Condé y les intimó que eligiesen entre la vida y la muerte, y ellos abjuraron de sus doctrinas. L'Hôpital, que era un buen Católico, pero que era culpado para con los fanáticos por haberse opuesto á los rigores con los protestantes, fué acometido en su casa, pero fué salvado por las tropas del rey, que le llevaron ánte Carlos, que hizo que le perdonasen. Aquel respetable magistrado respondió: *No sabia yo que habia merecido la muerte ni el perdón;* y pocos dias despues murió, desolado al ver las desgracias que no habia podido evitar, y exclamando: *Excidat illa dies ævo* (1).

21 de agosto

Á la mañana siguiente ordenó Carlos severamente que cesasen la matanza y el saqueo, y que las provincias se abstuviesen de cometer excesos; pero Catalina le amedrantaba con que Guisa podia ser aclamado rey, y ademas desencadenadas una vez las iras populares no pueden sujetarse cuando se desea. Por todas partes se sigue aquel terrible ejemplo, y los rencores y las venganzas se cubren con el manto de la legalidad para quedar satisfechos. Enrique de Saboya, conde de Tenda, gobernador de Provenza, se negó á obedecer el decreto; el vizconde de Orthes, gobernador de Bayona, escribió al rey: « Señor, he encontrado muy buenos ciudadanos » y valientes soldados, pero ni un solo verdugo; » Saint-Heran, gobernador de Auvernia, decía: « Hé recibido una orden sellada con el anillo de » Vuestra Majestad en que se manda dar muerte á todos los protestantes. El respeto que » tengo á Vuestra Majestad me hace creer que » es falsa; si fuese verdadera, el respeto mismo » me obligaria á no obedecerla; » el verdugo de Lyon desobedeció diciendo: « Yo no mato mas » que á los criminales y solo ejecuto las sentencias legítimas; » el obispo de Lyon acogió á los reformados en su palacio, y obtuvo por este medio que muchos se convirtiesen.

¿Fué casual ó premeditada la matanza de San

(1) Véase su vida en nuestras Biográfias.

Bartolomé? Los Católicos que la ensalzaban como justa y santa, tenían empeño en que se creyese producto de un maduro exámen, y los protestantes querian lo mismo para infamar á los Católicos y á los Italianos (1). Sin embargo, la razon se resiste á creerlo. La corte tenia motivos para temer no ménos á los Guisas que á los hugonotes, y habia procurado siempre equilibrar sus fuerzas. Si se meditaba una matanza universal, ¿para qué manifestarlo con la tentativa que se hizo dos dias ántes de asesinar á Coligny? ¿por qué no trataron de ocupar por sorpresa la Rochela y las demas plazas de los calvinistas? ¿por qué no expidieron órdenes simultáneas, á todo el reino, al paso que las primeras no fueron expedidas hasta el 28 de agosto? Demasiadas pruebas hemos dado de nuestros sentimientos para temer que se nos juzgue ménos horrorizados de aquellas crueldades; pero la verdad nos obliga á decir que los primeros asesinatos fueron cometidos por los protestantes, y que el odio que el pueblo habia manifestado se tornó en contra de la nobleza que tanto tiempo hacia estaba conmoviendo el país. Coligny era el noble mas ambicioso y ménos dócil; habia ofendido muchas veces á la nacion; él mismo confesaba haber entregado el Havre á los Ingleses en 1562, y mandado asesinar al duque de Guisa en el sitio de Orleans. Si algo puede averiguarse en medio de aquella infernal oscuridad, es tal vez que se proponian quitar de en medio á Coligny, y acaso se confió á Guisa la ejecucion del proyecto para tener motivo de procesarle y perderle. Viéndose este en peligro por haber errado el golpe, pone en conmocion á su gente, llena de terror á la reina, y en pocas horas se resuelve y se principia la matanza.

Algunos hacen llegar hasta cien mil el número de los muertos, y otros solo á dos mil (2); pero sean cualesquiera las circunstancias, no es ménos cierto aquel horrible suceso, ni la alegría que por él manifestaron las córtes católicas: el cardenal de Lorena, embajador en Roma, regaló cien monedas de oro al correo que le llevó la noticia; el papa Gregorio XIII celebró una fiesta como la que hubiese hecho por un triunfo de la religion; en Madrid produjo una alegría cual si se hubiese obtenido una nueva victoria de Lepanto; Venecia envió congratulaciones oficiales por *esta gracia de Dios.* El rey Carlos fluctuando siempre entre el miedo y la ferocidad, salvaba á unos, enviaba á otros al suplicio, y fué acaso el juguete del fanatismo universal; y si bien confesó á Paré los remordimientos que le destrozaban, procuró justificarse en el parlamento,

(1) *Un crimen italiano,* dice Mezerai; Merimée, en la *Crónica del tiempo de Carlos IX* (Paris, 1829), niega que se hubiese pensado tal resolucion: tambien lo niega el mismo Sismondi, enemigo acérrimo de los Católicos. Véase la aclaracion U.

(2) Sally dice setenta mil; Lapopelière veinte mil; el martirologio de los calvinistas diez y seis mil ciento sesenta y ocho, pero solo indica los nombres de setecientos ochenta y seis; el abad de Caveirac (Diss. 38) cree que pueden reducirse á dos mil.

culpando á Coligny de haber querido cambiar la dinastía; y el parlamento urdió procesos, mandó ahorcar á los cómplices y dió las gracias al rey *por su prudencia* por medio de su integro presidente De Thou, estableciendo una procesion anual en memoria del suceso. Los hombres honrados se indignaron, y los prudentes conocieron cuánta sangre costaria aquel atentado, al cual en el orden político podia achacarse la culpa mas grave la de ser inútil.

El calvinismo, que se hallaba decaído, se reanimó sirviéndose de la cólera en lugar de la fuerza; los fugitivos difundieron el horror contra los asesinos, y otros comprendiendo que el rey, al ver que nada habia adelantado, se preparaba á la defensa, se encerraron en las plazas fuertes y comenzó la cuarta guerra civil. La Rochela sostuvo nueve asaltos, rivalizando en valor las mujeres con los hombres; pero cuando fué elegido rey de Polonia el duque de Anjou, que la tenia puesto sitio, se hizo un convenio concediendo libertad de cultos. Como los medios violentos no produjeron resultado alguno, tomaron nuevos bríos los políticos, presididos por los cuatro hermanos Montmorency, hijos del condestable; el rey de Navarra y el príncipe de Condé se unieron á ellos, que al fin por oponerse á la corte y á pesar de la diferencia de religion, formaron causa comun con los hugonotes y tomaron por jefe al duque de Alençon, tercer hermano del rey, joven ambicioso y de escaso ingenio, cuyo mérito consistia en ser odiado de Catalina.

Guerra civil.
1573.
21 de junio.1574.
30 de mayo.

En breve estalló una nueva guerra; pero la sangre vertida produjo á Carlos horribles remordimientos (1); tuvo una extraña enfermedad que le hacia traspasar sangre por todos sus poros; y murió á la edad de veinticuatro años, contentó con no dejar hijos que llevasen tan funesta herencia.

Enrique III.

El duque de Anjou, su cómplice, era el predilecto de Catalina, que cuando aquel fué á ocupar el trono de Polonia, le dijo: « No permanecerás mucho tiempo entre los extranjeros. » Adornado en su juventud con los laureles adquiridos en Jarnac y Moncontour, y con una corona electiva ademas de la que por herencia le correspondia, podia reportar grandes ventajas, porque á los Polacos les hubiera agradado mucho tener un rey de un país apartado é inofensivo á sus quisquillosos privilegios, y los Franceses hubieran deseado el brillo y la fuerza que de él provenia. Pero él solo habia mostrado disgusto á un pueblo cuya eleccion debia justificar con sus virtudes, y entregándose á los vicios mas viles, se encerró en su palacio, considerando aquel reino como un destierro, y huyó de él apenas ocurrió la muerte de Car-

19 de junio.

(1) « Ah, nodriza mia, querida mia, ama mia! cuánta sangre! cuántos asesinatos! Oh, cuán infames son los consejos que he seguido! Señor Dios, perdonadme y tened misericordia de mí! No sé dónde estoy, porque me hallo confuso y agitado. ¿Cómo concluiré? ¿Qué haré? Estoy perdido, ya lo veo... » *Relacion de Pedro de l'Estoile.*

los IX, que nacía mucho tiempo esperaba. Atravesó la Alemania, donde Maximiliano II le prodigó grandes honores, por lo mismo que ya ni le temía ni le estimaba; en Venecia no vió mas que las mascaradas; en todas partes distribuyó grandes regalos, y no quedándole otra cosa, dió á Turin las ciudades de Pinerolo y Savigliano. Cuando llegó, se rodeó de favoritos, que á la depravacion de las cortesanas unian la audacia de los espadachines; gastaba el día en rizarse los cabellos, en poner los collares á la reina, en divertirse con los perritos y en dirigir procesiones por las calles; en las bodas de su favorito Joyeuse gastó 1.200.000 francos, y no tuvo para pagar á un correo que envió á París á Guisa para asuntos importantes; estaba contento siempre que le dejasen con sus bardajes, á quienes daba con largueza tierras, grados, dignidades pares y proteccion. De semejantes cloacas salía tal vez para rezar rosarios, ostentar penitencias, andar á pié el jubileo, y volver á ellas de nuevo; instituyó una cofradía devota y la orden de caballería del Espíritu Santo; así, pues, fué despreciado de los Católicos á causa de sus vicios, de los protestantes por su hipocresía, y de todos por su indecision; los amigos de su religion eran enemigos de su autoridad, y vice versa.

Mientras él se dejaba gobernar por los que le ayudaban y corrompian, se declaró la quinta guerra civil contra los calvinistas, que confederándose en Nimes establecieron un verdadero Estado con magistraturas, leyes, armas y tesoro, y enviaron al rey, no súplicas, sino proposiciones en que pedian la libertad de cultos; que se les concediese la mitad de los puestos en el parlamento y en los tribunales; que se castigase á los asesinos del día de San Bartolomé, que se convocasen los Estados Generales; que se disminuyesen los impuestos, y que se olvidase todo lo pasado. Estaban de su parte los políticos, llamados entonces *descontentos*; y si en el choque de tantas ambiciones é intereses particulares se distingue un intento comun, es sin duda el de dividir la Francia en muchas repúblicas, y formar una aristocracia federal.

No se trataba ya de una contienda de religion, y la guerra se hizo mas encarnizada; el duque de Alençon, aborrecido de su madre, y escarnecido de los favoritos del rey, se puso á la cabeza de los políticos para restablecer el orden; y el rey de Navarra, que disimulaba y se divertía en la corte, huyó de ella y se desdijo de su retractacion, llegando á ser el mejor jefe del partido hostil. Catalina fué en persona al campo enemigo, que se hallaba en Beaulieu, con la reina de Navarra y un *escuadron volante* de damas, que, como ella, utilizaban su belleza, é indujo á su hijo menor á firmar la paz, confiándole el titulo de príncipe de Anjou, dando promesas y honores á otros, y una amnistía general; restituyó los privilegios, y declaró libre el ejercicio de la religion *mal llamada reformada*, excepto en París y dos leguas en

1576.
Edicto
de
Pácl-
tica-
cion

contorno; dió entrada en los empleos á los hugonotes, y les dejó garantidas seis plazas de seguridad, prometiéndoles que en el término de seis meses se reunirían los Estados Generales.

Parecieron excesivas á los Católicos aquellas concesiones, y Enrique, jefe entonces de la poderosa causa de Guisa, formó una *Liga santa* á imitacion de los protestantes, con objeto de equilibrar las fuerzas de los políticos y reformados, y juraron defenderse mutuamente, obedecer al rey, proteger la independencia é integridad del país que estaba amenazada, disminuir las discordias civiles, y tolerar á los pretendidos reformados (1). No era acaso la ambicion la que ménos parte tenia en aquella liga, y se hizo ver al papa que los Capetos habían caído por haber introducido las libertades galicanas y enaltecido á los herejes; lo cual aboliría Enrique de Guisa como legítimo sucesor de Carlo Magno. La justicia de las razones que se adujeron, hizo entrar de buena fe á muchos en una liga que era la expresion solemne de la opinion dominante; y el mismo Enrique III la abrazó, como el partido mas nacional, esperando dirigirla, sin contar con que se habia formado para hacerle la guerra.

Compareció en los Estados Generales de Blois, donde se determinó que no se ejerciese mas que una sola religion. Rompiéronse las hostilidades; se hizo la paz y se reprodujo de nuevo la guerra, que tomó el nombre de *los enamorados*, porque fué producida por intrigas galantes. Enrique de Navarra, jefe entonces de los calvinistas, manifestó un valor que nadie esperaba de él; se unió con los protestantes poderosos, aunque se oponia á ello el odio que los luteranos profesaban á las calvinistas lo mismo que á los Católicos, y meditaba una reunion general para ponerse de acuerdo y unirse todos contra la religion romana, pero no lo consiguió. Los hugonotes se vengaron infamemente de la matanza de sus hermanos, hasta que la paz de Flex los tranquilizó por espacio de cuatro años. El duque de Alençon, nombrado jefe del ejército coligado, quedó

(1) Nótese bien los motivos de la Liga, marcados en la siguiente fórmula: « Au nom de la Très-Sainte Trinité et de la communication du sacré corps de Jésus-Christ avons promis et juré sur les saints Evangiles, sur nos vies, nos honneurs et nos biens, de suivre et garder inviolablement les choses ici convenues, etc. Premièrement, étant connu de chacun les grandes pratiques et conjurations faites contre l'honneur de Dieu, la sainte Eglise catholique, et contre l'état et monarchie de ce royaume de France, tant par ses sujets que par les étrangers; étant connu que les longues et continuelles guerres et divisions civiles ont tant affaibli nos rois, et les ont réduits à telle nécessité qu'il n'est plus possible que d'eux-mêmes ils fassent ce qui est convenable et expédient pour la conservation de notre religion, ou qu'ils puissent nous maintenir sous leur protection, en sûreté de nos personnes, familles et biens, auxquels nous avons reçu tant de pertes et dommages... avons estimé très-nécessaire, etc. » Luego se promete obediencia á la Santa Iglesia, tolerancia para los pretendidos reformados y obediencia al rey y á sus sucesores: observar y hacer observar á costa de sus bienes y de su sangre los decretos de los Estados Generales, etc. *Hist. de la Ligue du père Maimbourg*, pág. 629.

Liga
santa.

1577.
12 de
febrero.

Enri-
que de
Navarra.
1579-80.

1584-
10 de
junio.

deshonrado en Flandes, adonde fué llamado á dominar; fué engañado por Isabel con la esperanza de casarse con ella, y su muerte aumentó los ambiciosos deseos del duque de Guisa.

Este se hallaba en el primer escalon del trono y se unió por tanto á España, que pagaba á la Liga 50,000 escudos cada mes; y como en aquellas circunstancias en que los ánimos estaban tan enconados, causaba grande sobresalto la idea de un rey protestante, como lo sería el Navarro, se determinó que cuando Enrique muriese, se excluyera á los príncipes herejes y de todas las demas religiones, y que pasara la corona al cardenal Carlos de Borbon. Este hombre inepto, á quien los realistas llamaban el asno de oro, debía servir de velo á los proyectos del duque, mientras Felipe II esperaba acaso poder colocar en aquel trono á algun individuo de su familia, y así se engañaban mutuamente. Guisa entretanto ponía en conmocion á París, proclamando que defendia al rey, la religion, las franquicias de la nobleza, los derechos del parlamento y el bien del pueblo (1); palabras que siempre halagan. Enrique III, en vez de reprimirlos con la fuerza, envió excusas, y Catalina concluye la ignominiosa paz de Nemours, concediendo á los coligados todo lo que pedian, y condenando á muerte á todos los que profesasen otra religion.

Estas cuestiones no eran producidas por los partidos momentáneos, sino que iban unidas con el estado de la civilizacion. El clero habia trabajado constantemente por sustituir á la organizacion bárbara la romana organizacion, y la centralizacion al feudalismo. Siguiendo el mismo camino los reyes, querian deprimir al clero, que se unia al pueblo en contra de ellos; de lo cual resultaron las ideas democráticas

1588.
7 julio.

(1) El manifiesto del cardenal de Borbon, despues de hecha la Liga, acababa de este modo: « Por estas justas causas y consideraciones, nos Carlos de Borbon, primer príncipe de la sangre, cardenal de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, teniendo mas interes que otros en recibir bajo nuestra salvaguardia y tutela la religion católica en el reino, y continuar conservando los buenos y fieles súbditos de su majestad y del Estado, con asistencia de muchos príncipes de la sangre, cardenales y otros príncipes, pares, preladados y empleados de la corona, gobernadores de provincia, ciudades, señores ilustres y caballeros, de muchas comunidades y de un gran número de buenos y fieles súbditos, que forman la parte mejor y mas honrada de este reino; despues de haber pesado los motivos de tal empresa y consultado á verdaderos amigos celosos de la tranquilidad y prosperidad de Francia y á personas instruidas y timoratas, declaramos que hemos prometido todos y jurado solemnemente tomar las armas, para que la Santa Iglesia de Dios sea restablecida en su antiguo esplendor y en la profesion de la religion católica, única verdadera; para que la nobleza goce plenamente los privilegios que le corresponden, para que se alivie al pueblo, sean abolidos los impuestos creados despues de Carlos IX (que Dios guarde), posesionados los parlamentos en la soberanía de sus juicios, sin que se violente la conciencia, para que todos los súbditos del reino sean conservados en sus cargos y empleos, y no se les prive de ellos sino en los tres casos previstos en las antiguas leyes del reino ó por sentencias de los jueces ordinarios de los parlamentos; para que todas las atribuciones que pesan sobre el pueblo se inviertan en defensa del Estado y en los objetos á que están destinadas; y para que de tres en tres años á lo mas se reunan los Estados Generales, libremente y sin disturbios, dando á todos entera libertad para quejarse de las injusticias que no se hubieren reparado. »

de la Liga. El sistema germánico estaba al contrario con los protestantes, enemigos de la autoridad; y lo favorecian los caballeros enemigos de la imperiosa Roma y del rey despótico. Estos por tanto tendian á descomponer la unidad francesa, y el clero y el rey á consolidarla, pero con distintos designios.

Sixto V, aunque declaró que la Liga era perjudicial al rey, al Estado y á la religion, excomulgó al príncipe de Condé y al rey de Navarra por herejes, dispensando á sus súbditos de que les obedeciesen. Los coligados adquirieron luego nuevas fuerzas y nuevo crédito, uniéndose á otra sociedad formada en el convento de los Jacobinos, fanáticos enardecidos con los discursos contra el gobierno y el rey, y que eligieron diez y seis jefes, los cuales debian excitar el entusiasmo en París uno en cada cuartel. Francia quedó entonces por Guisa; y Enrique, hombre débil y despreciado, no ve otro medio de salvarse mas que unirse á los protestantes; pero no se atreve á hacerlo, y se asocia por el contrario á los coligados, aunque conocia completamente sus proyectos.

Luego se recurrió á las armas; los príncipes alemanes, excitados por el anciano Teodoro Beza, enviaron tropas á Francia para apoyar á sus correligionarios; es decir, se introdujo en Francia un ejército extranjero por el partido de los nobles y de los reformados, y Enrique de Navarra se hizo célebre con la victoria de Coutras y con la magnanimidad que en ella usó.

Con objeto de causar daño á Enrique III, trataron los Diez y Seis de desacreditarle por todos los medios, y prepararon una sublevacion para ocupar el arsenal, y obligarle á abandonar los negocios; y á pesar suyo, el duque de Guisa, azote de la herejía, el Macabeo frances, entró en París como señor. El rey reunió armas para defenderse, pero los coligados sublevaron al pueblo, que haciendo barricadas en las calles se lanzó hacia el Louvre, mató á los Suizos, víctimas predestinadas y mercenarias, y asedió al rey Enrique, que se vió precisado á huir: el duque de Guisa ocupó el Arsenal y la Bastilla, y con una sola señal apaciguó la matanza y el tumulto. Queriendo hacerse rey, aquel era el momento oportuno; pero pocos saben ser malvados hasta el fin, y su indecision redobló el valor de sus adversarios. Enrique sin embargo, siempre débil, aceptó una paz vergonzosa, confirmando la Liga, y prometiendo que sería severo con los hugonotes. Entonces el de Guisa no disimuló su proyecto de derribar al rey, y su hermana, la duquesa de Montpensier, llevaba siempre colgadas del cuello unas tijeras para tonsurarle, decia, cuando estuviere encerrado en un convento. Arrancado Enrique de su habitual inercia recurrió al expediente de los débiles y oprimidos, y habiendo llamado á Guisa á su gabinete de Blois, le mandó dar de puñaladas y al día siguiente á su hermano el cardenal: su otro hermano Mayena tuvo que huir y se hicieron muchas prisiones. Enrique

Los
Diez y
Seis.

1587.

Jornada
de las
barricadas.
1588.
12 de
mayo.

23 y 24
diciem-
bre.

se presentó á su madre y le dijo : « El rey de » Paris no existe ya, señora; y ahora lo soy » yo. Ella le contestó : Quiera Dios que esa » muerte no os haga rey de nada. Está bien » cortado, hijo mio, pero ahora es preciso co- » ser. ¿Habéis tomado todas vuestras disposi- » ciones? » Poco despues murió Catalina, reco- » mendándole que se reconciliase con el rey de » Navarra. Era un mujer cuyas acciones podrán » ser dispensadas por las inhumanas necesidades » de la política (1), nunca por las de la moral.

1589.
3 de
enero.

En breve conoció Enrique que no era verdad lo que le habian insinuado, que *muerto el perro se acabó la rabia*. Debíó haber sitiado inmediatamente á Paris, y haber prendido á los Diez y Seis; pero habiendo vacilado en hacerlo, estos armaron la ciudad, y se vistió el pueblo de luto; adornáronse las iglesias de crespones; los predicadores excomulgaban al asesino; se colocaban en los altares estatuas del rey hechas de cera, pinchándolas con alfileres, como si quisieren darle muerte; aun á los buenos parecia legitima la Liga contra un asesino; y la Sorbona declaró que no se debía fidelidad á un rey pérfido, y dispensó á los Franceses de la obediencia. El haber dejado Enrique en libertad á los jefes que tenia presos, dió al vulgo nuevo atrevimiento; estalló el tumulto, y el duque de Mayena fué nombrado jefe de la Liga y teniente general del Estado y de la corona. Entonces ya no son solo los aristócratas los que forman parte de la Liga, sino que esta se hace democrática, y se proclama el derecho del pueblo sobre los tronos. « La voluntad de Dios hace » los reyes y se manifiesta por la voz del pue- » blo. El reino de Francia es electivo; el » título de nobleza es personal y no es noble » quien no es virtuoso (2). » Pero no habia llegado aun el tiempo de amalgamar el Catolicismo con las ideas democráticas.

10 ju-
lio.

Enrique no tiene ya otro camino mas que echarse en brazos de los hugonotes, y ejecutando lo que algunos años ántes le habria salvado, se dirige al Navarro, que se arroja á sus piés y le acoge con amistad sincera (3), y unidos marchan con gruesas fuerzas á sitiar á Paris. Sixto V, que ya habia citado al rey para que se justificase del asesinato del cardenal Guisa,

(1) Decía Enrique IV al presidente Claudio Groulard : « Decidme por Dios, ¿qué habia de hacer una pobre mujer que quedó viuda con cinco hijos á su cargo y dos familias, la nuestra y la de los Guisas, que querían invadir el trono? ¿No debía buscar recursos extraordinarios para engañar á unos y á otros y al mismo tiempo salvar, como lo hizo, á sus hijos, que han reinado sucesivamente por la sabia conducta de una mujer tan perspicaz? Yo me maravillo de que no lo haya hecho peor. » *Mém. de Groulard*, en el tomo XLIX de la coleccion de Petitot, pág. 384.

EUGENIO ALBERI, en el *Ensayo histórico sobre Catalina de Médicis* (Florencia, 1838), trata de defenderla con razones y documentos, es decir, manifiesta que en tiempos tan difíciles no se podia obrar de otro modo. Lo mismo se encuentra en Capeligue, *Hist. de la Réforme*.

(2) Escritos de la Liga citados por Luis Blanc. *Historia de la Revolución*.

(3) Mornay escribia al Navarro : *Señor, habéis hecho lo que debíais y lo que ninguno de nosotros debíó indicaros.*

le excomulgó entónces; y Jacobo Clemente, jóven fraile jacobino, ignorante, fanático y presuntuoso hasta el punto de creerse instrumento inmediato de la Providencia, excitado por los Diez y Seis y por la Montpensier, asesinó al rey. Le prendieron y sufrió con valor los tormentos; así fué que se le consideró en el cielo por la ceguedad é intolerancia del siglo, y hasta fué venerado como santo. Pero ¿no vemos tambien á Andres Chenier y á Klopstok hacer la apoteosis de Carlota Corday? ¿No celebra toda la juventud alemana á Sand, matador de Kotzebue? ¿No se nos pondera y ensalza todos los días en las escuelas el heroísmo de Harmodio, de Timoleon y de Mucio Escóvola (1)?

2 agos-
to.

CAPÍTULO XXV

Los Borbones.

Enrique III murió sin ser llorado de nadie, y recomendó para que ocupase el trono al rey de Navarra, diciendo á este : *No le ocupareis jamas, si no os hacéis Católico*. En realidad correspondia la herencia real á Enrique de Borbon, aunque era pariente en vigésimosegundo grado, por haberse extinguido la rama de los Valois; pero en vez de gritarse segun costumbre *El rey ha muerto! ¡viva el rey!* quedaron perplejos los ánimos. ¿Permanecerian unidos al príncipe apóstata, á pesar de la excomunion, los Católicos que estaban en el ejército? ¿le aceptarían los príncipes de la sangre y los que le habian ofendido? ¿y sus correligionarios que temian les abandonase? Y él ¿cómo debía obrar? Si se decidía por los hugonotes, perdía á los Católicos y robustecia la Liga, si por los Católicos, apénas le quedaban unos pocos. Sin embargo, jura á estos que se instruirá en su fe, que restituirá á los eclesiásticos los bienes que los protestantes les habian quitado, y que no permitirá un nuevo culto sino donde ya estuviese tolerado: en su consecuencia muchos príncipes le reconocieron por Enrique IV, otros quedaron disgustados, y otros le decian : « Sois » el rey de los valientes, y solo los cobardes » desertarán de vuestras filas. »

Enri-
que IV.

La Liga celebró la muerte de Enrique, en lo cual manifestó tener muy poco decoro; la Montpensier, orgullosa incitadora de los enconos de entónces, que se jactaba de haber conseguido mas por medio de sus predicadores que todos los coligados juntos con sus intrigas, armas y soldados, fué corriendo á Paris á anunciar la fausta noticia y hacerla publicar en los pulpitos; cantaban al mártir Clemente y á su madre: *Bendito sea el vientre que te llevó, y el seno que te ha amamantado*. Y como el hereje Bearnes

(1) Napoleon dejó un legado al que habia intentado asesinar á Wellington. Desde entónces acá se han ido aumentando los asesinatos políticos, y mucho mas desde 1848, y estamos oyendo hacer su apoteosis.

no podia consagrarse rey, Guisa habia muerto y Mayena preferia dominar detras de otro, se proclamó con el nombre de Carlos X al cardenal de Borbon, que era prisionero del Bearnes. Pero la fortuna coronó los esfuerzos y la generosidad de Enrique IV, el cual animaba á los soldados combatiendo como un soldado y les decia : *Si perdéis las insignias y las banderas, os serviré de guia mi penacho blanco*: al verlos huir, les dice : *Volvéos, que si no queréis combatir, á lo ménos me veréis morir*; al verse vencedor les grita : *Compañeros, perdonad á los Franceses*. Aunque Mayena prometió llevar atado á Enrique y hasta se alquilaron ventanas para verle, este venció á los coligados en Arques (1) y en Ivry, y bloqueó de nuevo á Paris. Todo era desconcierto en esta ciudad; el papa se mostraba de mala gana enemigo de un príncipe que esperaba se convirtiese; Mayena no tenia bastante resolución para ser jefe de partido, y segun la expresion de Sixto, *empleaba mas tiempo en comer que Enrique en dormir*; el rey de España derramaba dinero, pero con la esperanza de llevar la corona á su familia, y ya hablaba en tono de rey y era servido por el fanatismo de los Diez y Seis, pero se opuso una faccion francesa á la española, y multiplicó los trastornos interiores.

1589-90.

Habia en la ciudad doscientas treinta mil personas con víveres para un mes; pero el oro de España y las exhortaciones de la Montpensier hicieron que se tolerasen muy graves sufrimientos; los predicadores fanáticos tronaban de tal manera que Enrique decia : *Todos mis males proceden del pulpito*. Por fin, no hubo otra cosa que comer mas que una mezcla de pizarra, heno, paja y huesos, que se llamaba el pan de madama Montpensier. Enrique queria evitar un asalto, esperando reducirlos por hambre; sin embargo, socorria á los hambrientos, y recibia las bocas inútiles que echaban fuera de la plaza (2). Alejandro Farnesio, duque de Parma, héroe contemporizador, llegó de los Países Bajos con veinticinco mil soldados de España, prolongó el sitio suministrando víveres á la ciudad, y despues se volvió atras siendo vencedor sin combatir. La Sorbona condenó á muerte y á excomunion al que tratase con el Bearnes, ó creyese que podia darse el trono de Francia á un hereje; el nuevo pontífice Gregorio XIV, adicto á Felipe II, envió dinero y armas á los coligados, declaró á Felipe hereje relapso, y ex-

(1) En la noche de aquella batalla escribia á Luis Crillon : *Rabia, valiente Crillon. Hemos peleado en Arques, y tú no estabas allí. Adios, valiente Crillon, te amo por el derecho y por el reves. Y aquel Crillon á quien Enrique, siendo ya rey, decia : Este es el mas valiente de mi reino. — Mentis, señor, le respondió, lo sois vos.*

(2) Decía *qu'il aimerait quasi mieux n'avoir point de Paris, que de l'avoir ruiné par la mort de tant de personnes*. Habiendo sido cogidos unos aldeanos que llevaban grano á Paris y conducidos á la horea, encontraron á Enrique, á quien dijeron que lo habian hecho porque no tenian otro medio de vivir. Perdon, perdon, exclamó Enrique, y registrándose los bolsillos, les dió el poco dinero que encontró en ellos, añadiendo : *El Bearnes es pobre; si pudiese, os daria mas.*

comulgó á los que continuasen favoreciéndole. Pero sus bulas fueron quemadas por el verdugo y batidas sus tropas.

Entretanto la Liga se habia dividido en bandos; los Diez y Seis que, apoyados por España, eran los que cometian vejaciones, principiaron á derramar sangre y á ejecutar suplicios, hasta que advirtiéndolo Mayena los destituyó y los castigó. Reunidos los Estados Generales, Felipe trabajó abiertamente para dar la corona á un Austriaco, y horrorizados los Franceses del peligro de que así sucediese, moderaron su averision á Enrique IV. Este decia al cardenal de Gondí y al arzobispo de Lyon : « Por tener una » batalla daria un dedo y dos por la paz gene- » ral; pero es imposible hacer lo que me pedís. » Amo á mi ciudad de Paris, mi hija primogé- » nita, mi amada, y quiero por tanto tener con » ella mas gracia y mas piedad de la que me » pide. Pero deseo que me lo agradezca y que » reconozca que este bien lo debe á mi cle- » mencia, no al duque de Mayena ni al rey de » España... Yo soy el verdadero padre de mi » pueblo, semejante á la verdadera madre de » Salomon. Casi preferiria no haber tomado á » Paris á haberla arruinado y destruido, despues » de haber causado la muerte á tantos desgra- » ciados. Los de la Liga, que son todos Españoles » ó *españolizados*, por el contrario no tratan de » evitar en lo mas mínimo que Paris sea mal- » tratado, siempre que consigan alguna parte » en él. No pasa un solo dia sin que los arra- » bales de Paris sufran una pérdida del valor » de 50,000 francos por efecto de las demoli- » ciones que hacen los soldados, esto sin contar » los muchos infelices que mueren. Ademas, » señor cardenal, debéis sentir lástima, porque » son vuestras ovejas, de cuya sangre debéis » dar cuenta á Dios hasta la última gota, y tam- » bien vos, señor de Lyon, que sois el primado » de los demas obispos. Yo no soy buen teó- » logo, pero sé lo necesario para deciros que » Dios no quiere que tratéis de ese modo al » pobre pueblo que os ha encomendado, aunque » sea para tener propicios al rey de España, » Bernardino Mendoza y al señor legado... Pa- » garéis en el otro mundo la pena que por ello » hayáis merecido. Y ¿cómo esperáis conver- » tirme á vuestra religion, si os importa tan » poco la vida de vuestras ovejas? Esta es una » triste prueba de vuestra santidad, y yo me » quedaria muy poco edificado... »

El buen sentido, que se habia extraviado con las argumentaciones escolásticas y las fanáticas declamaciones, volvió al buen camino por medio de la *Sátira menippea*. En ella cinco ó seis bebedores entusiastas de Rabelais y de los antiguos lanzaban en medio de las risas y de las botellas golpes mortales contra la Liga, censurando todos sus actos y mezclando á Aristófanes y Luciano, á los Jesuitas y Lutero, á Mayena y Gargantua, el Evangelio y el Digesto, y transformando en dos charlatanes los partidos de España y de los Guisas. Fué obra popular cual

1591.

Sátira
menippea.
1593.